

Capítulo 32 - Luces pálidas

- [Capítulo 32 - Luces pálidas](#)

Capítulo 32 - Luces pálidas

Esta noche era la noche.

Song se levantó temprano y preparó el desayuno: huevos, pan, lonchas de tocino. No era una comida que disfrutara particularmente, pero era sustanciosa y los demás parecían tener un cariño especial por ella. Tristan entró unos minutos después, con el cabello en un estado que no mostraba diferencia aparente, aunque claramente acababa de levantarse.

“Qué pinta,” dijo tras echar un vistazo a la sartén, acomodándose en un asiento de la mesa de la cocina.

“Los huevos solo tenían un día,” respondió ella.

Él tomó sus huevos revueltos, mezclados con cebollas y tomates, si había alguno a mano. Había justo suficiente de los últimos en la olla para que darle un toque especial a sus huevos no pareciera un desperdicio, así que los vertió en la sartén. Esperó a que añadieran el tocino a su plato antes de agradecerle, cortando su propia rebanada del pan. Solo un poco en diagonal, a la izquierda del centro. Qué asco.

Ella trató de no reaccionar visiblemente, pero él de repente lucía con una sonrisa de oreja a oreja. El pequeño bastardo definitivamente había notado.

Maryam solo salió cuando ambos terminaron con sus platos, vestidos para el día y recién bañados. Song calentó de nuevo sus lonchas de tocino y coció sus huevos por ambos lados, demostrando que el mal gusto podía cruzar el océano. Es una de esas tragedias históricas que, fuera de Tianxia, solo la Someshwari parecía entender que los huevos se disfrutaban mejor en tortilla.

“¡Oh, y además le pusiste hierbas,” exclamó Maryam con entusiasmo.

Con la boca llena, lo que suavizaba bastante la expresión de agradecimiento en la opinión de Song.

“Dejo los utensilios en sus manos,” dijo levantándose. “Necesito prepararme para el día.”

Se detuvo y cuidadosamente evitó mirar al hombre en cuestión.

“¿Vas a necesitar el lavabo, Tristan?”

Una pausa larga y pensativa.

“¿Hacía el desayuno que nos gusta solo para asegurarme de que me sienta lo bastante culpable para aceptar?” preguntó el ladrón.

“No tengo ni idea de qué hablas,” mentó Song Ren. “Dejaré un paño limpio para ti. Y un peine.”

“Las cosas que hace un hombre por un poco de tocino,” dijo Tristan con gravedad.

“No puedes enfrentarte a ella, ella es la única que puede hacer que quede crujiente pero aún blanda,” susurró Maryam.

Confiada en su victoria, Song subió corriendo las escaleras mientras comenzaban a pelear por cómo Tristan había pasado de cocerle demasiado a ella “tragarse las entrañas crudas del cerdo”. El tío Zhuge nunca mencionó la importancia de mantener la superioridad culinaria al prepararla para el mando, lo cual era sensato y razonable, pero aún así parecía una omisión por su parte.

La Tianxi recuperó la ropa que había preparado, cerró la puerta del laverío y se despojó de su ropa de dormir antes de frotarse cuidadosamente con paño y jabón. Enjuagó, secó y comprobó su trenza en el espejo de cobre, notándola un poco suelta. La recogió y peinó su cabello de nuevo, en el patrón sencillo que su madre le había enseñado cuando era niña.

Cuando terminó, se puso varias capas, revisando los botones y ajustando el cuello. La ropa de combate lista para hoy, aunque su cinturón estaba abajo con sus armas y su espada. Song se miró una última vez en el espejo, contemplando un perfil ordenado con un filo severo en su apariencia. La impresión que quería dar, sobre todo ahora.

Su interlocutor solo percibiría cualquier señal de debilidad como una invitación a hacer ciertas libertades.

Asintiendo con satisfacción, ella cambió el agua del lavabo y guardó su ropa de noche después de doblarla cuidadosamente. Volvió rápidamente a la habitación para colocar un paño limpio doblado en un lugar donde no pudiera pasar desapercibido, junto con un pequeño peine y hasta el jabón.

La última opción era una ilusión, pero una muchacha podía soñar.

--

Esta noche sería la noche.

Angharad había esperado con ansias desde que el señor Musa le entregó las invitaciones formales, así que se levantó ya de buen humor. La casa era lo bastante pequeña como para que el aroma del desayuno se filtrara por cada rincón, y Angharad se encaminó en bata de dormir hacia la cocina para encontrar la habitual: un caldito de arroz caliente, una comida tradicional de Tianxi. Preparaban lo mismo cada mañana, lo cual habría llegado a parecerle monótono si no fuera por los numerosos platos de acompañamientos dispersos sobre los tazones de porridge en su ajustada mesa de cocina.

Huevos, nabos y zanahorias picados, alguna pasta de frijoles de tono rojizo, franjas de pollo y pescado cocidos, diversas especias: el porridge permanecía mayormente igual, pero podía variar mucho su sabor según los ingredientes que se añadieran en cada ocasión.

Rong Ma estaba colocando el último plato cuando ella llegó, y se saludaron con un gesto antes de sentarse en un taburete. La habitación que servía como cocina y salón era más pequeña que la

mayoría, resultado de tener una habitación más que las casas usuales en la calle. Esto resultaba en un espacio común algo apretado, pero permitía una privacidad apreciable cuando así se deseaba.

“Buenos días,” los saludó Angharad, reclamando su propio taburete. “¿Saliste anoche? No escuché que llegaras.”

“Shalini me echó a las diez en punto, así que no,” respondió Rong con tono seco. “Como si no fuera a estar despierta quemando velas con esas novelas tuyas, ya fuera cuando yo tinkeaba o no.”

No era la primera vez que Angharad observaba a la otra portadora de capa negra en busca de algún resentimiento por haber convertido su taller en dormitorio, pero no encontró ninguno. La Tianxi parecía encontrar algo incómodo tener que ir y venir entre las casas, pero permanecía indiferente; había sido un alivio no comenzar con malos ánimos desde el principio.

“Creo que no deberíamos saber sobre esas cosas,” observó Zenzele, entrando en la cocina.

Se deslizó a un lado del taburete entre ellos, alcanzando de inmediato los huevos. Había aprendido que era un voraz en eso, aunque sorprendentemente poco condimentado. Madre lo habría llamado un comedor de alimentos huecos.

“¿No serán diarios de exploradores?” preguntó. “Me parece extraño que eso se esconda.”

Estaban en Samratrava, así que ella no conocía el contenido real, pero a veces en las tapas aparecían esquemas de barcos.

“Algo se está explorando en esos libros, eso seguro,” murmuró Rong, espolvoreando con generosidad nabo en el plato.

“Son basura de Someshwari sobre valientes capitanes mercantes Ramayan seduciendo a preciosas extranjeras mientras se hacen increíblemente ricos,” explicó Zenzele con diversión. “Cada otro libro presenta a un almirante Tianxi malvado dando un monólogo antes de perder contra el encanto y la astucia superior de Ramayan.”

“La Tierra Amarilla intentó prohibirlos en la República de Wendi porque eran propaganda monárquica, pero venden demasiado bien como para que los tribunales permitan su prohibición,” suspiró Rong. “Eso es Wendi por ti: venderían pedazos del Círculo si el beneficio fuera suficiente.”

“Los Tianxi no son los únicos con estas costumbres. Los libros de almohadas sobre nobles espadachines capturadas y violadas por los salvajes Señores Sunflower son bastante populares en algunos círculos, allá en Malan,” admitió Angharad.

Luego le lanzó una mirada ligeramente culpable a Zenzele. La charla de mujeres, esa, no era algo que se discutiera cerca de los maridos. El hombre de piel oscura simplemente arqueó una ceja.

“Los libros para hombres son atroces,” le dijo.

Partió un huevo con la boca, lo tragó.

"Metáforas de árboles, Angharad," dijo con la voz alterada. "Metáforas de árboles hasta donde alcanza la vista."

Ella se atragantó con su porridge, tosiendo hasta que Rong le dio una palmada en la espalda. Ella les lanzó una mirada de agradecimiento y rápidamente terminó su comida. Los tres se levantaron más temprano de lo que el viaje a Scholomance justificaría, en parte porque el tinker Tianxi quería recoger algunos asuntos en su taller y Angharad tenía una cita propia. Comenzó a recoger los platos, como era su deber—a diferencia de bajo Song, en la casa las tareas estaban divididas pero no rotaban—pero Zenzele la detuvo.

"Solo tengo una mañana perezosa por delante," le dijo. "Déjame los platos y mira si puedes llegar temprano a la tienda."

"Ah, es cierto," dijo Rong, girando para mirarla. "Tu vestido para el banquete."

"Planeé mi tiempo para cumplir con mi parte," insistió Angharad.

"Perdí el mío, así que necesito algo en qué gastar el tiempo," dijo Zenzele, ahuyentándola. "Fuera de aquí."

"No puedo—"

"Dime si Musa usa el tenedor incorrecto en alguna ocasión esta noche y lo daremos por bueno," dijo.

Sería de mala educación forzar más el asunto, así que Angharad cedió. Volvió a su habitación para lavarse y cambiarse rápidamente. Después de despedirse, en unos momentos sus botas ya pisaban el pavimento.

--

Song había creído que Tupoc Xical había fijado hora y lugar principalmente para molestarla, así que fue una sorpresa descubrir que en realidad estaba muy ocupado.

Cerca del extremo sur de la Avenida Regnant, justo antes de las dependencias, había unas cuantas cuerdas de casas en patios. La equivalente en Lierganen, de todos modos, que era más pequeña y destinada a una sola rama de una familia en lugar de a un árbol. La Guardia había prohibido que se usaran como viviendas, para que los cañones no dispararan a los estudiantes en caso de tener que apuntar hacia el norte, dejando una fila de espacios de entrenamiento sorprendentemente decentes en forma de patios de piedra lejos de cualquier lemur que no reclamaran.

Y en realidad, lo que Tupoc estaba usando para entrenar era la casa a la que ella había sido dirigida.

Song cruzó el umbral al sonido del crujir de madera contra madera, encontrando a un Tupoc medio desnudo y descalzo esquivando la lanza de su cabalista. Desechable—Velaphi, esa tragedia de un contrato, reveló su verdadero nombre—gruñó y se interpuso intentado apuñalar su pecho con su

agarre. El Izcalli danzó hábilmente alrededor del golpe, pateándole la parte trasera de una rodilla y haciendo un chasquido con la lengua mientras el hombre de ojos ámbar titiritaba.

"Temperamento," le reprochó Tupoc. "O peleas con la bestia o peleas con tu cabeza: el terreno intermedio es lo peor de ambos mundos, y los dioses saben que tu mejor esfuerzo todavía es muy mediocre."

Apoyando su lanza en el hombro, luego tocó su barbilla con un dedo pensativo.

"Y también, deja de sostener la lanza como si fuera un jabalí buscando aspa," añadió el Izcalli. "Si aproximamos y te agachas contra un humano, solo te atravesarán."

"No estoy acostumbrado a pelear con personas," replicó Desechable.

"Provoca peleas con extraños," sugirió Tupoc, luego reveló que había sabido que ella estaba allí todo el tiempo lanzándole una mirada astuta. "¡Vaya, qué sorpresa, forastera!"

Casi rolling her eyes, ella se contuvo solo porque él se alimentaba de la reacción de los demás ante sus payasadas, muy parecido a algún diablillo barato de Izcalli.

"Tupoc," respondió Song, asintiendo con cortesía a aquel otro hombre. "Eres prescindible."

El Malani se bajó el sombrero hasta cubrir sus ojos antes de voltear hacia ella y devolverle el saludo con un gesto de gratitud, mientras el sudor brillaba en su cuello. A diferencia de Tupoc, vestía uniformes comunes, completamente vestido.

"Capitán Ren," asintió Expendable en dirección a ella. "Que tenga un buen día. Ya me voy."

Las paredes del patio estaban clavadas con picas de hierro, formando casi unos armazones improvisados, y el Malani rápidamente colocó su lanza allí. Song entró en el patio y se apartó del umbral para facilitarle la salida, recibiendo un gesto de gratitud antes de que Expendable escapara casi huyendo de su presencia. Song se volvió hacia Tupoc, levantando una ceja en silencio.

El Izcalli de ojos pálidos estaba junto a un barril en la esquina del patio, empapando un paño en el agua y lavándose el sudor. Cuando notó su expresión, soltó una carcajada.

"Le he dicho a mi cábala que eres una bruja entrometida que puede leer sus pensamientos con solo una mirada," le informó con actitud despreocupada.

La mayoría de los hombres medio desnudos que Song había visto en su vida estaban gravemente heridos, pero había visto suficiente además para saber que no había nada natural en la simetría perfecta del torso superior de Tupoc Xical. Y, cuando decía perfecta, se refería a perfecta: según su mirada, no había una sola asimetría ni imperfección en su cuerpo, ni en los músculos de su abdomen ni en la esquina de sus cejas.

"Una pérdida inútil de nuestro tiempo," respondió Song.

“Que te fastidie me merece siempre mi tiempo, Song,” dijo Tupoc con sentimiento.

El Izcalli sumergió su cabeza en el barril de agua. La ceja de Song se levantó aún más, mientras él se inclinaba hacia abajo, ella alcanzó a vislumbrar su espalda y notó un tatuaje entre sus omóplatos. Una moneda dorada elaborada, mostrando una criatura de tres cabezas hecha de huesos. No era ninguna moneda de Izcalli que ella conociera. Tras unos segundos emergió, sacudiendo su cabello mojado, que se acomodó casi perfectamente con un solo toque de su mano, y suspiró con satisfacción.

“¿Querías algo?” preguntó Tupoc.

Casi le hubiera dicho que se pusiera una camisa, esa descarada esclava, pero sabía que eso significaría que él iría medio desnudo a su presencia durante meses, así que se contuvo.

“Necesito que tu banda realice un trabajo,” dijo ella. “Esta noche. He llegado preparada para ofrecer la compensación adecuada.”

Dejó el paño en el suelo y se dirigió con paso firme a recoger una toalla más grande para secarse. La colgó flojamente en su cuello después, lo que no era una camisa pero era mejor que nada.

“Entonces, perdiste a Tredegar,” reflexionó Tupoc. “Que ella se sentara con la querida Ferranda parecía importante, pero no era algo seguro. A diferencia de que tú necesitaras contratar músculo.”

No podía evitar que adivinara eso, pero ya era un secreto a voces en realidad. Song se había preparado para soportarlo.

“Ella saldrá del Catorce,” reconoció, y luego pasó a otro tema. “La oposición contra la que te contrataría es una—”

“No,” contestó Tupoc con facilidad.

La ceja de Song se levantó.

—¿No?—

—Sin Tredegar, no eres tan interesante—, encogió de hombros el Izcalli. —Maryam podría captar una segunda mirada si esa ira alguna vez se tradujera en poder, pero Tristan, ¿tú?—

Él resopló.

No hay nada más aburrido que un juego que puedo ganar cada vez, dijo Tupoc.

Arrogancia, pensó Song. Era mejor con la lanza que ella con la espada —o con una lanza, en realidad—, pero no era mejor que una bala. Si ella lo atrapaba desde la distancia, o en un lugar donde pudiera apagar sus luces, confiaba en poder matarlo. De manera distraída, se preguntó si en realidad estaba negándose o intentando provocarla a hacer algo imprudente. Por cómo se

mantenía, con sus extremidades sueltas y vigilantes, quizás solo era la segunda opción.

A él le encantaría tener una excusa para ponerla en el ring, sospechaba. Se parecía al tipo que pensaba que solo se podía medir a alguien enfrentándose con espadas o algo igualmente absurdo. Lamentablemente para Tupoc Xical, ella no estaba interesada en jugar a sus juegos.

—Si no dejas que termine mi propuesta—, dijo—, te arrepentirás.

Sus ojos pálidos brillaron con alegría.

—¿Me estás amenazando, Song Ren?—, Sonrió Tupoc.

Oliendo una pelea, debe pensar. Sería satisfactorio arrebatarle la alfombra bajo los pies.

—Por supuesto que no—, replicó ella. —Si realmente te amenazara, Tupoc, te diría que lo único que me costaría arruinarte sería un tintero y un montón de papeles.

Se inclinó hacia él.

—Una hoja frente a cada puerta en la Calle del Hostal, con tu nombre y la certeza de que no puedes tocar murciélagos ni arañas.

El Izcalli se puso rígido durante el más mínimo momento, pretendiendo que era una simple elongación. Ambos sabían que no le engañaba en absoluto.

—¿Reconocer que sabes leer contratos?—, musitó Tupoc. —Valiente. Una chica podría perder la vida por eso.

Ya intentan matarme, pensó Song. Quizás Nianzu tenía razón, quizás no había forma de ganar en esto, pero ella no se escondería en miedo. ¿Qué sería de ella si dedicaba su vida a seguir la línea solo para terminar siendo arrastrada a un agujero donde niños vengativos pudieran torturarla hasta la muerte? Había utilizado su contrato sin realmente usarlo, y eso debía terminar.

—Eso no devolverá tus secretos a su lugar—, dijo. —¿Cuánto durará la pequeña función con tu cábala, si saben que matarte es tan fácil como ponerle una araña en tu toldo mientras duermes? La misma miedo desaparecería, Tupoc, y no solo para ellos. Para todos.

Porque Tupoc, tan astuto en escoger sus batallas, solo seguía respirando porque era lo suficientemente fuerte para enfrentarlas. Mientras fuera demasiado peligroso para enfrentarlo en asuntos menores, el equilibrio permanecía. Pero si ese balance se desplazaba siquiera un poco, todo caería sobre su cabeza. Sus ojos pálidos se endurecieron.

—Yo te mataría por eso—, dijo.

Calmadamente, como si fuera algo simple y cotidiano. Nada más difícil que sacar agua de un pozo.

—Intentarías—, se encogió de hombros Song, sin impresionar. —Pero no importa, porque no vengo a amenazarte. Vengo a ofrecerte un regalo.

—Bueno, tienes toda mi atención—, dijo Tupoc con tono burlón—. ¿Qué tienes para mí, Song?

—Una—, dijo ella.

—¿Cobre?—, preguntó él, inspeccionándola de pies a cabeza—. No es que no esté dispuesto, pero eso requerirá más romance. Al menos dos cenas a la luz de las velas y quizás algo de esa poesía sensualmente someshwari.

Ella lo observaba con abierta reprobación.

“Preferiría acostarme con Tristán primero,” dijo. “Al menos así no estaría poniendo en riesgo mi rabia.”

“De acuerdo, con un discurso así contento con un plato, reduciré a uno,” admitió Tupoc.

“Una lectura,” dijo Song. “Elige tú.”

Abrió la boca para intentar clavarle un cuchillo, pero ella había previsto su movimiento desde kilómetros antes.

“No puede ser un miembro de la Brigada Decimotercera, ni pasado ni presente,” me aclaró.

“Tredegar te está abandonando,” murmuró la Izcalli, como si necesitara recordarlo. “¿Y aún así quieres seguir protegiéndola?”

“Felicidades,” dijo Song. “Puedes entender a Antigua. En una o dos décadas, te convertiremos en un hombre civilizado, si seguimos así.”

“¿Y si insisto?” Tupoc tronó con una sonrisa irónica.

Preguntó en centzon, porque alguien en algún lugar había fallado en su sagrada obligación de imponerle una personalidad aceptable.

“Los términos permanecen sin cambios,” respondió Song, ladeando la cabeza con tranquilidad. “¿De verdad pensaste que tu arrogancia pomposa marcaría la diferencia?”

Un pequeño pestañeo, casi imperceptible, pero con ojos como los suyos, era más que suficiente.

“Podría negarme,” dijo Tupoc.

Lo intentó como una amenaza. Lo hacía con frecuencia, lo había notado. Lanzaba esas frases para ver si el otro reaccionaba, y luego las convertía en una broma si no lograban el efecto deseado. La contramedida era simplemente no dejarse engañar.

“Podrías,” aceptó Song. “Pero no lo harás.”

Porque lo que ofrezco es de gran valor, y solo estás tanteando para ver si estoy desesperada, pensó ella. Él tarareó, acariciando su mentón sin pelo. Lo estiró, como si meditara, pero en su postura podía ver que ya había tomado la decisión.

“¿Y qué clase de regalo querrías a cambio?” preguntó.

“Lo único que tienes para dar,” dijo Song, “es violencia.”

“Ahora me estás endulzando,” se quejó él. “¿Contra quién?”

Song le explicó, y el porqué, ganando un silbido admirado como respuesta.

“Y yo que creía que eras del tipo de ambición aburrida,” dijo Tupoc. “Eso suena a una noche interesante.”

Un instante de silencio.

“Podría hacer ese trato,” dijo. “Pero hay una sola pregunta que quiero que me respondas primero.”

Se inclinó hacia adelante.

“¿Mi contrato, lo puedes leer todo?” preguntó Tupoc.

“No tengo ninguna razón para responder eso,” dijo Song.

“Me retiraré del acuerdo,” dijo con ligereza.

Pero sus ojos estaban fríos, desmentían esa actitud. La Tianxi disimuló su disgusto. Como era típico en él, había esperado para aprovecharse de ella cuando el trato ya casi estaba cerrado — cuando había algo que perder. Admiraría su destreza, de no ser por ella misma.

“Puedo hacerlo,” admitió Song. “Aunque no necesariamente entiendo todas las palabras.”

Parecía entretenido.

“¿Qué te confunde?” dijo la Izcalli. “Podría ayudarte.”

Ella puso los ojos en blanco y aceptó la prueba de su arrogancia.

“Yekayotl,” dijo. “No pude encontrar una traducción adecuada.”

“No lo harías, no es Centzon clásico,” se rió Tupoc. “Dialectos del templo. Significa ‘perfección’ como estado finito del ser.”

Song frunció el ceño, sorprendida en dos sentidos: primero por que él compartiera eso, y segundo por la implicación. El contrato de Tupoc Xical lo mantenía, para siempre, en rumbo hacia yekayotl, lo cual implicaba que su dios creía que su cuerpo actual era perfecto. O tal vez una ‘tabla perfecta’ que cualquier desviación sería corregida por su pacto.

Lo que hizo no fue tanto sanar como tirar de éter para arreglar la pizarra, lo cual explicaba por qué era capaz tanto de ‘curar’ sus heridas como de purgar veneno. El veneno no formaba parte de la pizarra, así que fue quemado por completo.

Song reflexionaba sobre la sorprendente estrechez de la inmortalidad que presumía, un rango limitado, pensó. Un millar de cortes lo obligarían a extraer demasiado de su contrato, probablemente matándolo o otorgándole condiciones de santidad, mientras que la muerte instantánea por un disparo en la cabeza lo acabaría antes de que su pacto pudiera comenzar a reparar la pizarra, anulando así el pacto con su dios mediante la muerte.

Cualquier otra cosa, sin embargo, la podría sobrevivir. Y cualquier pérdida volvería con el tiempo, protegiéndolo del acúmulo de heridas y fracturas que años de servicio en la Guardia inevitablemente traían. Aunque ella ardía con preguntas —¿había cesado su envejecimiento?, ¿por qué todavía necesitaba comida si el veneno no le afectaba?, ¿cómo se había decidido la ‘perfección’?— guardó silencio. Existía una diferencia entre escuchar el significado de una sola palabra y escarbar en los secretos más profundos de su contrato.

“NO sé qué hiciste para llamar la atención de un dios así,” dijo Song, “pero debió ser algo impresionante.”

Tupoc rio.

“Ellos siempre creen eso,” dijo con cierta amargura. “Que porque mi señor Grave-Given es grande y venerado por millones, debe amar solo a los sacerdotes más fieles y a los campeones más famosos. Eso es un malentendido sobre lo que él es, Song.”

“¿Y qué es eso?”

“La muerte,” dijo Tupoc. “Nada antes, nada después. Eso es todo lo que Grave-Given considera: tu muerte. ¿Quieres saber cómo llamé su atención, Song Ren?”

Sonrió.

“Las oscuridades pensaron que estaba muerto, así que me arrojaron en la misma fosa con los demás cadáveres,” contó Tupoc. “Me envuvieron en la muerte, roto y delirante, durante tres días y tres noches. Bebí agua de lluvia lamiendo la piel en descomposición, los oí festejar y cantar arriba mientras los cadáveres estallaban y me asfixiaba la carne grabada.”

Se inclinó.

“Vino a mí en el último día, cuando la mierda y la enfermedad habían penetrado en mis heridas. Cuando casi no podía ver y estaba más allá de la muerte.”

Tupoc rió, retrocedió.

“Eso es lo que una oración al Grave-Given representa, Song. No gloria ni honor ni todas esas plumas bonitas que esos idiotas de la sociedad colocan en su cabello. La muerte es la única

moneda de valor, y un hombre debe saber en qué está dispuesto a gastar su única pieza.”

Esos ojos pálidos ardían con fervor.

“De lo contrario, solo sirve para llenar la fosa.”

Las manos de Song se cerraron con fuerza.

“¿Por qué me cuentas esto?” preguntó.

“En el Dominio,” dijo Tupoc, “recorrías como un niño arrogante. ¿Pero ahora?”

Se estiró, cruzó las manos detrás de la cabeza.

“Tienes el andar de quien vislumbró la fosa,” dijo Tupoc. “Eso me tiene curioso.”

Palabras que atormentarían a una mujer en la oscuridad de la noche, esas.

“¿Qué vale tu moneda, Song Ren?” sonrió Tupoc. “Estoy ansioso por descubrirlo.”

Ella se obligó a mantenerse allí hasta conseguir su aprobación para el trato, ni un segundo más.

—

El sastre Lerato la guió dentro, a pesar de que había llegado media hora antes, presionándole el té en la mano y diciéndole que se sentara mientras atendía a otra clienta. La mujer malani de mediana edad, sencilla, del sur, por su acento —planeaba que Angharad se sentara frente a ella, pero sus voces se escucharon y la clienta en cuestión gritó.

“¿Eres tú lo que escucho, Lady Angharad?”

Una voz conocida para ella.

“Lord Thando,” respondió, “una grata sorpresa.”

Él parecía tan complacido de verla, que en lugar de ello, se encontró siendo conducida hacia la parte trasera para sentarse en un sillón de felpa, mientras Thando Fenya ultimaba los detalles de su atuendo para esa misma noche a la que ella asistiría. El jubón colorido con patrones geométricos evocaba casi una nostalgia, aunque más largo que lo acostumbrado, quizás en señal de respeto a las frescas veladas.

El polipasta ajustado en forma de pantalones acolchados, llevado sobre calzas, destacaba por su ostentación malaní, un estilo que nunca había calado en Peredur, donde se esperaba que un noble pudiera montar a caballo y correr sin impedimentos.

Dado que Thando tenía un rostro bastante sencillo y orejas de aspecto derrochado, uno hubiera pensado que los elaborados adornos llamarían la atención hacia su simplicidad, pero entre sus pendientes dorados y el corte del atuendo, estos distrajeron más bien de ello. Esmerada labor,

aunque quedaba la duda sobre con qué tipo de jubón lo complementarían.

Lerato hacía ajustes en el ancho de los hombros del jubón mientras conversaban, la malaní aparentemente de buen humor.

“— bastante satisfecho de saber que serías invitada,” dijo. “Hay demasiados nobles del sur y de las tierras centrales, siento, que un poco de sangre pereduriana vendrá bien a las veladas.”

“¿Entiendo entonces que la Casa Fenya tiene inclinaciones hacia el norte?” preguntó.

“Nuestros territorios están más cerca de las tierras centrales, en realidad, pero me crié en la costa de Lagos del Espejo,” afirmó Thando. “Poseemos tierras y ayuntamientos en esa región.”

Como la mitad de las casas nobles en Malán. Aquellas que podían permitírselo, en fin: la madre siempre rehuía los costos, riendo que preferiría gastar más en otra carraca. Intercambiaron cortesías acerca de cómo había sido la tierra de Llanw Hall—más húmeda, dicho poéticamente—y compartieron las quejas sobre el intenso calor en las tierras centrales.

La charla se tornó en susurros una vez que Lerato abandonó la habitación.

“Debe felicitarme por haber encontrado la tienda,” expresó Thando. “Hemos mantenido eso en secreto, por decirlo así.”

Se refería, por supuesto, a la nobleza.

“La recomendación vino de Zenzele Duma,” dijo ella.

“Duma, todo un caballero en su pinta,” aprobó Thando, tocándose distraídamente la oreja. “Una lástima que tenerlo en la misma habitación que Shange pueda resultar en su muerte.”

Lo cual sería poco productivo, así que solo uno podía ser invitado. Como Musa Shange mantenía lazos de sangre con izinduna destacados y mejores conexiones dentro de la Guardia, parecía que la elección no había sido tan difícil desde su posición. Incluso ella misma no podía negar que Lord Musa tenía motivos para estar enojado con Zenzele, aunque ella prefería a este último frente al primero.

“Me parece que somos pocos, y que facilitar cierta paz sería beneficioso para todos,” dijo con delicadeza Angharad.

La Tercera-Primera le había brindado muchas muestras de cortesía en las últimas dos semanas. Era justo que ella las devolviera, si podía.

“Ambicioso,” observó Thando. “Algunos llamarían a ese empeño condenado al fracaso, pero a mí no me parece imposible.”

Solo muy difícil, insinuaba.

“Ya he explorado la ambición, si la ocasión lo requiere,” respondió ella.

“Entonces te aconsejo que te quedes más allá de tu tiempo,” dijo el malaní. “A menos que me equivoque—cosa que rara vez hago—que Musa visitará la tienda esta mañana.”

Dado que solo quedaba un poco de tiempo antes de que ella debiera reunirse con los demás para comenzar el viaje hacia Scholomance, Angharad consideró esa noticia alentadora. Lerato no podía tener muchas visitas programadas antes de que la hora se hiciera demasiado tarde, lo que aumentaba sus probabilidades de encontrar a Musa, bastante buenaventurado en esas circunstancias. Thando terminó sus últimos ajustes unos minutos más tarde, y mientras la costurera iba a buscar el vestido de Angharad, el hombre se inclinó y bajó la voz nuevamente.

“Ten cuidado esta noche,” susurró. “Eres mejor que Musa en el campo de duelo, pero espero que él sea una hoja más afilada en esas ocasiones.”

Ella escrutó su rostro, encontrándolo enigmático, y asintió. Él había tomado una decisión que no le agradaba aquella noche en que combatió ese duelo, pero no fue traicionera ni irracional. No rechazaría una muestra de buena voluntad de su parte.

“No es mi primera velada,” dijo Angharad, “pero agradezco la advertencia.”

El Lord Thando se despidió tras saldar su cuenta y dejar una propina generosa, que ella anotó para imitarla. Con el regalo del Tío Osian, podía permitírselo. Angharad había retirado su parte de la cuenta del Decimotercero tras mudarse a la casa compartida, pero mucho de eso lo había ofrecido a Ferranda. Era lo justo, si iba a comer la comida del Trigésimo Primero, beber de sus cuernos de polvo y tener su ropa vigilada por su costurera.

Su vestido era exactamente como lo deseaba, y lo probó mientras Lerato la pinzaba una vez más.

“Un poco más ajustado en la cintura, creo,” murmuró la costurera. “Tienes la figura para ello.”

No tardaron en terminar los ajustes, pero Angharad solicitó otra taza de té y conversó con Lerato hasta que llegó su siguiente cliente. Y, por suerte, era otra cara conocida: el alto y decorado Lord Musa Shange inclinó la cabeza para pasar el umbral. Fingió sorpresa al verlo llegar, lo cual pareció divertirlo, y le extendieron una invitación a quedarse y charlar mientras la Mistress Lerato atendía su ropa.

La charla trivial sobre clases — más sobre sus horas compartidas en Skiritai que sobre otras cuestiones — que tuvo poca importancia, hasta que Angharad le agradeció por la invitación. Él rechazó la gratitud, ya que extenderla no había sido solo su decisión, y esa fue la apertura que ella esperaba.

“¿Cómo se decide quién recibe las invitaciones, en realidad?” preguntó con sencillez.

“No hay nada formal,” dijo Musa. “Supongo que la aprobación general, esa sería la descripción más acertada.”

“Entonces, cualquier noble malani de buena cuna que no tenga objeciones fuertes,” dijo Angharad insinuando.

Sus labios se curvaron. Había entendido el significado.

“Una mancha en la reputación podría descalificar,” afirmó.

Ella sonrió.

“¿Y esas reuniones, son tan concurridas?”

“Se podría decir que su exclusividad es, precisamente, su propósito,” respondió Musa.

Era una respuesta cortés pero exhaustiva que sugería que pocas de las altas estirpes de las Islas estaban presentes en Tolomontera. Angharad no esperaba que él se dejara influenciar fácilmente; esto era más una prueba para medir cuán fuerte era su disgusto hacia Zenzele. Parecía una buena palabra para eso, aunque no tan intensa como para que extendiera su enojo a aquellos que buscaban la paz entre ambos bandos.

De otra forma, Musa no habría logrado mantener esa expresión de diversión ante los intentos de Angharad.

Como Thando, el otro Skiritai esperaba a que la Mistress Lerato saliera de la habitación para cambiar de tema a asuntos que preferiría no ser escuchados. Sin embargo, a diferencia de Thando Fenya, Musa inventó una tarea evidente para ella, en lugar de esperar.

«Es una antigua idea que quien éramos antes de ingresar en la Guardia no importa», dijo Musa, «pero supongo que ahora comprenderás mejor esa idea.»

Angharad frunció el ceño.

«Se puede estar lejos de un ideal sin renunciar a él por completo», afirmó.

«¡Qué modales tan refinados!», exclamó Musa. «Pero tal vez eso sea más amable de lo que merece.»

Se encogió de hombros.

«Es tentador, lo admito, tragar las mentiras que la Guardia cuenta sobre sí misma», dijo Musa Shange con indiferencia. «Propósito y honor, las almas firmes que se colocan entre Vesper y la oscuridad. Incluso los pactos cortan pedazos de esa gran ilusión y la reclaman para sí, como si así fuera más fácil de aceptar. Pero, al final, son puras mentiras.»

Angharad le dirigió una mirada horrorizada.

«Si crees en esto, ¿por qué inscribirte en ella?»

«¿Por qué hacen los hombres algo en absoluto?»», se rió. «Puedo ascender alto en la Guardia. Más alto de lo que habría soñado en Malan, donde lo máximo que podía esperar era ser la espada de mi hermana.»

El joven noble encogió lentamente los hombros.

«No pretendo menospreciar a los que llevan el color negro, Lady Angharad, solo reconocer el significado real de portar ese color», dijo Musa. «No es una vocación sagrada, sino una profesión como cualquier otra.»

«Solo un necio asistiría a esas clases por los salarios prometidos», afirmó ella.

«Salarios», rió él. «A nadie que envíen aquí, y que tenga alguna importancia, le importa un comino eso, mi señora. Mejor piensen en cuántos pactistas hay en la Guardia y cuán dispersos están por todo Vesper.»

Meneó la mano en señal de apoyo.

«Quienes sobrevivan a sus años aquí tendrán lazos con docenas de sus compañeros pactistas, un cónclave bien formado en el que confiar, y multitud de contactos en todos los ámbitos de la Guardia», afirmó Musa. «La Academia no forma solo a simples cabalistas, sino a la élite que gobernará la Guardia en el próximo siglo.»

«Y llena más de una tumba con esos presuntos elegidos», dijo Angharad con frialdad.

«Suposiciones hay muchas, pero mirando los hechos, está claro que nos están entrenando para la guerra de acero, no para la política.»

«En la Guardia, ambas cosas se confunden», respondió él. «Aunque reconozco que el uso de esa maldita escuela devoradora de mentes resulta... digno de nota. Sospecho que hay algún juego en marcha con el dios que habita en ella.»

«Puede ser cierta parte de lo que dices», admitió Angharad, «pero hay mucho margen para la confusión al pintar un objeto solo visto a través de una cortina.»

Él parecía simplemente divertido, lo que hizo que ella apretara los ojos.

«Además, no entiendo por qué te molestaste en mencionar esa teoría conmigo», añadió con cierta dureza.

«Eres fuerte y tienes buenas conexiones», dijo Musa Shange con calma. «Una persona que puede llegar lejos en la Guardia, con un poco de previsión.»

Se rascó distraídamente la manga.

«Por eso me parece una pérdida que andes tan a ciegas», comentó la malani.

Ella apretó la mandíbula, pero él levantó una mano en señal de paz.

«No te dejes engañar, Angharad Tredegar», dijo. «Las Ratas te devorarían por completo si se lo permitieras. En lugar de pensar en las muchas formas en que puedes servirles, deberías considerar cómo hacer que la orden sirva a tus propósitos.»

El hombre alto sonrió.

«Seré una figura importante algún día», afirmó Musa. «Y lo habré conseguido por méritos propios, no solo por herencia. Eso es lo que puede brindarme la Guardia.»

Se apartó con suavidad.

«Piensa en lo que deseas, mi señora», añadió. «Y en si realmente es mejor comenzar bajo Ferranda Villazur.»

Angharad empezaba a sospechar que se dirigía a un tipo de reunión muy distinto a la que pensaba acudir.